

LA MEMORIA SE ENSEÑA, NO SE DESMANTELA

Las profesoras y los profesores de las líneas *Formación política y memoria social* de la Licenciatura en Ciencias sociales, *Memoria, Identidad y Actores Sociales* de la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional y *Educación política y memoria social* del Doctorado Interinstitucional de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, expresamos nuestro rechazo al desmonte de piezas de las salas del Museo Nacional de Colombia ordenado por el Gobierno nacional. Lo hacemos desde nuestro lugar de enunciación que es el aula, la escuela, la universidad y los espacios comunitarios donde a diario se enseña y se aprende a convivir con un pasado controversial.

LO QUE OCURRIÓ

Tras el anuncio presidencial de una ‘contrarrevolución cultural’ y la instrucción de retirar lo que el Gobierno calificó como ‘oda al terrorismo’, funcionarios del Ministerio desmontaron varias piezas de las salas Hacer sociedad, Memoria y Nación y Fuerza, fe y sustancia. La ministra de Cultura justificó la medida afirmando que el museo no sería un lugar de ‘adoctrinamiento político’. Las piezas fueron enviadas a reserva sin que mediara un proceso curatorial, sin explicación pública y sin un inventario oficial de lo retirado.

Entre lo desmontado figuran los afiches de las campañas presidenciales de Carlos Pizarro y de Bernardo Jaramillo Ossa, candidatos asesinados en 1990; materiales de la Séptima Papeleta, origen ciudadano y estudiantil de la Constitución de 1991; el Balígrafo con el que se firmó el Acuerdo de Paz de 2016;

documentos de más de seis décadas de organización de las mujeres; fotografías y archivos de la memoria LGBTIQ+, entre ellos la cédula de una mujer trans; obras sobre la violencia política y dibujos de Inty Maleywa sobre las víctimas del conflicto; e incluso objetos de la cultura popular.

POR QUÉ LO RECHAZAMOS DESDE LA EDUCACIÓN

Cada año, miles de estudiantes de todo el país recorren las salas del Museo Nacional como parte de su formación. Para muchos niños, niñas y jóvenes, ese recorrido es la primera vez que ven reconocida, en un espacio del Estado, la historia de su familia, de su territorio o de su propia identidad. El museo es, en ese sentido, un aula pública, y decidir qué se muestra en él es una decisión pedagógica de alcance nacional. Una decisión así no puede tomarse por orden política, a puerta cerrada y sin criterio técnico.

**QUIENES ENSEÑAMOS SABEMOS QUE
LO QUE SE CALLA TAMBIÉN SE ENSEÑA.**

Quienes enseñamos sabemos que lo que se calla también se enseña. Los vacíos, las ausencias y los silencios forman un currículo oculto que transmite mensajes tan poderosos como los contenidos explícitos. Una pared vacía donde antes estaba la memoria de un candidato asesinado, de una lucha feminista o de una persona trans le dice a quien la mira que hay vidas que no merecen ser contadas. Eso no es neutralidad. Es una pedagogía del olvido, y sus efectos no se quedan en el museo pues llegan a las aulas, a las familias y a la manera en que una generación aprende a mirar su propio país.

Esa omisión, además, revictimiza. La pedagogía de la memoria en Colombia se ha construido con las víctimas y no a sus espaldas, y el Estado asumió con la Ley 1448 de 2011 un deber de memoria que forma parte de las garantías de no repetición. Retirar las huellas del exterminio de la Unión Patriótica, de los magnicidios y de la construcción de paz es desandar ese camino. Sin memoria no hay aprendizaje histórico, y donde no hay aprendizaje histórico la repetición vuelve a ser posible.

No es un detalle menor que el desmonte se haya concentrado en las memorias de las mujeres, de las personas LGBTIQ+, de los movimientos sociales y de las víctimas de la violencia política. Cuando una institución pública retira precisamente a quienes han sido históricamente discriminados, legítima en las aulas y en las calles el rechazo al diferente. La escuela que

defendemos educa para el reconocimiento de la diferencia, como lo exige una Constitución que protege la diversidad étnica y cultural de la Nación en su artículo 7 y que reconoce en su artículo 70 a la cultura, en sus diversas manifestaciones, como fundamento de la nacionalidad.

Se ha dicho que el retiro busca evitar el adoctrinamiento. Pero adoctrinar es imponer un relato único, y lo que hacía el Museo era justamente lo contrario al poner en diálogo memorias distintas, a veces incómodas, para que cada visitante pudiera preguntar, contrastar y formarse un juicio propio. Depurar las salas según afinidades ideológicas es lo que más se parece a fabricar una historia oficial. Enseñar a pensar críticamente exige fuentes diversas y no salas vaciadas.

UN ESCENARIO EN ALERTA

Esta acción no es aislada, en otras instituciones como el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional, el Instituto Caro y Cuervo y el Centro Nacional de Memoria Histórica, también se busca imponer una sola versión del pasado que perpetúa modelos de exclusión y revictimización y destituyen años de trabajo sobre las políticas de la memoria que han buscado el reconocimiento de amplios sectores de la población que se han movilizado para buscar verdad, justicia y reparación.

NUESTRO COMPROMISO

Mientras las paredes sigan vacías, las aulas no lo estarán. Nos comprometemos a llevar estas piezas y sus historias a nuestras clases; a convertir este episodio en objeto de estudio y de conversación con nuestros estudiantes; a acompañar los recorridos escolares al Museo nombrando lo que falta y preguntando por qué falta; y a seguir defendiendo una educación en la que quepan todas las memorias, también las que incomodan.

Reiteramos nuestro compromiso con la enseñanza de la historia reciente y los pasados difíciles, cuyas complejidades no solo posibilitan comprender el trasegar del país, sino que contribuye a formar nuevas generaciones comprometidas con la justicia social y la democracia.

*La memoria de un país no le pertenece a un gobierno.
Es un bien común que se cuida, se investiga, se discute y se enseña.*